



NICOMEDES GUZMAN en mi RECUERDO

por Irma Barón Véliz

¡Es bueno recordar!
Atravesados en leves tintineos o en sorda orquestación, tiene el recuerdo el poderío de agarrarse —con garfios— al corazón del hombre.

Fuente generadora de sonrisas —a veces de amargura— en su oleaje no cesa en acometer y jugar con el hombre, entre el ayer y el hoy. Lo sumerge entre las mareas cambiantes de soles o de sombras.

Recordar es como un modo de vivir. Como de nuevo verse el rostro, sin espejo. Un caminar sin pasos. Una escapada, estanco en un punto preciso de la vida.

No me sorprendí cuando, conversando sobre Nicomedes Guzmán, un querido y viejo amigo me propuso: —¡Escribenos algo sobre él que esté prendido a tus recuerdos!

Me pareció que en ese instante diamifal en el tiempo. Volví a crecer. Me detuve en un tramo...

UN PERSONAJE Y LA VIDA

¡Hace mucho tiempo!

Íbamos en un antiguo Matadero-Palca, en dirección al centro. De pronto, a la altura de la calle Victoria, se levanta de su asiento y me coge fuertemente de la mano, llevándose.

—¡Bajémosnos, ven, apístrate!

Me resistí.

—¡Qué pasa?

—¡Bajémosnos, te digo!

Me lleva como volando, me recibe al bajar del muro y corre conmigo por la acera. Debíamos una esquina, se detiene, me deja, desorientada, a la puerta de un despacho... entra en él, compra dos panes que retira sin envolver, me coge de la mano y vamos corriendo otra vez. Se detiene en seco frente a una perra sucia y escuálida que caminaba lentamente.

—¡Mírala! —me dice— ¡mírala, parece recién parida, y no tiene ni leche! ¡Pobrecita!

¡Así, así como ésta era la perra de "La Carne Humana"!

Amaba todo con pasión: sentía las cosas y las cosas en fibras vivas, palpitantes. Lo invadía la piedad, esa piedad —como él lo dijo— "que tiene manos y pechos para convertirse en amparo todo desamparo."

DEDICATORIA MACABRA

Hablar de Nicomedes Guzmán, el gran novelista chileno, el cantor de los "hombres oscuros" de mi patria que la dedicatoria de su primera novela va dirigida en términos de, a su padre, heladero ambulante, y a su madre obrera doméstica, es insistir demasiado. Pero la dedicatoria importa.

En 1932, año de su primer viaje a Chile, el notable escritor español Camilo José Cela, me dice: —Es una dedicatoria impresionante y macabra. Preséntame a este hombre.

Se conocen, se tutúan como viejos amigos, se intercambian sus libros, y el novelista hispano declara: "Nicomedes Guzmán es indudablemente el novelista más trascendental de la juventud literaria de Chile, y sabe cantar en medio de la desdicha".

Sin embargo, la insistencia sobre el ambiente de donde surge nuestro escritor, es tan importante como su obra literaria. Esta es el flujo y reflujo de una marca humana, de barrios donde la miseria es

estímulo —amargo y doloroso— pero semilla de fe.

Su padre, maquinista de tranvías urbanos, poseedor de Quinta Normal abajo, transcurrió de calles resplandecidas por el hielo, dueño de vehículo —un carrito de mano para llevar queques y calugas— heladero que no grita su mercancía porque tiene campanilla, y tiene un nieto, Oscar —hijo mayor del novelista y hoy periodista de fina sensibilidad— que enarbola la campanilla y la hace repiquetear en cada esquina.

Su madre, una mujer de espíritu valiente, bíblica, lavandera de "lavado ajeno" cuando los ingresos fueran pocos —es decir normales, para el anormal despliegue de fuerzas del obrero—, cocinera del plato sencillo, y que sabría distinguir muy bien entre la comida de semana y la del día domingo.

Cuando Nicomedes hablaba de ella, su admiración ocupaba el lugar de su ternura.

—¡Puchas, la vieja macanuda! decía.

UN PLATO DE "PANCUTRAS"

Un día en que el escritor almorzaba en mi casa, le serví (no recuerdo qué comida), en un plato de lata, blanco y crillado de flores rosadas, plato de corte antiguo, fino, con el sello de garantía y escudo de la leona inglesa en el dorso. Era, entre mis platos, un "plato huacho", como se dice en la jerga doméstica, es decir, no de "juego de lata", y que probablemente llegó a mi poder como aporte familiar o en alguna compra de liquidación de lata sucia.

A mi comensal, después de mirar atentamente el plato, se le fundió el rostro.

—¡Oye, me dijo, este plato es idéntico a uno en que mi madre me servía "pancutras" cuando yo era chico. Es idéntico. Este plato es un trozo de mi infancia.

Continué entusiasmado:

—¡Tienes que regalármelo! ¡Lo colgaré en el muro, le compraré un atril!

—¡Llévatelo, dije.

Cuando terminó de servirse en él, fue a la cocina y lo lavó el mismo. Volvió, mirándolo atentamente, y lo guardó en su portadocumentos entre sus borradores de escribir.

—¡Sabes? —me dijo—, el plato de mi madre era más noble que éste.

—¿Por qué? ¿No es igual?

—Sí, es idéntico. ¡Pero el plato de mis pancutras tenía una salteadura!

Ese día habló mucho de Rosa Guzmán y de Nicomedes Vázquez, sus padres. Su palabra era como un oleaje de vida enternecida. Las imágenes de sus progenitores quedaron fundidas para siempre en "La Sangre y la Esperanza", en Guillermo Quirodrán y Laura.

ASÍ LO RECUERDO

Era moderna y bajo, de mirada viva, y además varoniles. Su pelo (oscuro y cuidadoso, enmar-

Mapu 7707.
Santiago
Año 1973.-

Nicomedes Guzmán en mi recuerdo [artículo] Irma Barón Veliz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Barón Véliz, Irma

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nicomedes Guzmán en mi recuerdo [artículo] Irma Barón Veliz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile